

SUEÑO TRAMPOSO

El año no había sido fácil para René y Lucas. Mucho trabajo y varios problemas familiares hicieron que llegado el mes de enero necesitaran irse de vacaciones. A René, con sus cuarenta y cinco años, le gustaba la Cordillera, caminar, respirar aire puro, andar a caballo; y Lucas, de veinticinco, prefería el mar, el ruido, nadar y tomar sol.

Después de mucho hablar llegaron a un acuerdo: irían a la Cordillera: y se quedarían allí sólo una semana. Habiendo definido eso, René, que no se llevaba muy bien con la tecnología, le pidió a Lucas que investigara por Internet, hospedaje y precios.

Lucas encontró un complejo de cabañas muy lindo, rodeado de mucho bosque, con un hermoso lago, pileta climatizada por si los días no acompañaban para estar al aire libre; las fotos subidas mostraban un lugar limpio, amplio, muy cómodo, con una sala para poder descansar al volver de las actividades diarias.

En su mail aclaró que necesitaban cabaña para dos, camas separadas, baño privado, y desayuno incluido. Pidió una cuenta donde realizar el depósito de la reserva y dijo que llegarían el lunes y se quedarían hasta el domingo

La respuesta llegó esa misma noche, informándole que afortunadamente para esos días contaban con una habitación doble y las comodidades especificadas. El precio era elevado pero dentro de lo esperable, y le pasaban los datos de una cuenta a nombre de Teresa Mancilla.

Complacido por la pronta respuesta, se lo comunicó a René quien lo acompañó al banco a hacer el depósito. Volvieron a la casa y se relajaron tomando un whisky, felices por poder irse y despejar sus cabezas de los malos momentos del año.

El pasaje decía que la hora de salida era a las diez del día domingo, así que terminado el festejo, repasaron todo otra vez para asegurarse de que nada se olvidaran. Se dieron las buenas noches y fueron a dormir no sin antes poner el despertador a las ocho y para no andar a las corridas.

- Lucas, Lucas. -grita René, desesperadamente.
- ¡¿Qué?! -Responde Lucas, todavía con los ojos pegados por el sueño
- ¡El despertador!
- ¿Qué pasa con el despertador? Lo puse para que sonara a las ocho. Dejame dormir por favor
- ¡Eso, Lucas!, es lo que te estoy queriendo explicar, no sonó y ya son las diez menos cuarto, no llegamos a la terminal, levántate, ¿iiiiino me escuchás?!!!!!
- No puede ser si yo mismo lo programé y... ah... no, pero qué pavo soy, me olvidé de levantarle la palanquita para que sonara. Qué bajón. Ya me levanto. Quedate tranquilo querés, dejá de gritar como un loco. Vas a ver que en cinco minutos estamos en la terminal y nada ha pasado. Además los colectivos nunca son puntuales.

La casa de pronto se convirtió en un torbellino, volaban cosas de un lado al otro, en su vida se habían vestido más rápido y ni siquiera se preocupaban por ver qué se estaban poniendo, daba igual, lo único que tenían en mente era que debían llegar a la Terminal a como dé lugar.

Cuando arribaron debían de tener una apariencia horrible porque sentían que todos los miraban con cara de espanto. René llegó con el último aliento a la ventanilla de la boletería para averiguar sobre su colectivo y la empleada, tratando de contener a semejante personaje, le dijo que la unidad estaba en la plataforma lista para partir.

Noooooo -gritó René- faltamos nosotros, por favor señorita dígame al chofer que nos espere que ya subimos, ¡¡¡¡¡vamos Lucasssssss!!!! -Fue lo último que se escuchó en el edificio antes que, despavoridos, corrieran hasta plataforma y levantando los brazos se les atravesaran al chofer para que detenga su marcha al grito de “¡Faltamos nosotros! ¡Faltamos nosotros!”.

El chofer clavó los frenos, abrió la puerta para averiguar qué sucedía y Lucas tratando de mantener la calma, que su amigo había perdido hacía rato, explicó la situación. Corroborado que efectivamente tenían asientos en ese transporte, subieron, se ubicaron, y trataron de parecer lo más normales posible ante todo el pasaje que no sabía que había pasado, pero que los miraba como si fuesen terroristas.

- ¿Podés calmarte René un momento? Todos nos miran como si fuéramos unos desquiciados.
- Tenés razón, disculpame, es que me veía perdiendo el colectivo y la ilusión de estas vacaciones. Pero... ya está, ya estamos arriba y rumbo a la Cordillera.

El viaje fue placentero, la comida no era de primera calidad pero tampoco estaba tan mal, aunque por el costo del pasaje podrían haberse esmerado un poquito más, pensaba René. El paisaje que se iba viendo por la ventanilla a medida que se alejaban de la ciudad lo relajó. El verde empezó a explotar por todos lados, tonos más claros, más fuertes, brillantes, opacos, y en algunos puntos se mezclaba con las flores silvestres moradas, rojas y azules, parecían mariposas posadas sobre el pasto. Lentamente el cielo fue tiñéndose de rojo, el sol cansado de un día agitado anunciaba su ocaso, y con la llegada de la noche René se dispuso a leer y Lucas, se puso sus auriculares para escuchar música.

Ambos reclinaron los asientos para un sueño reparador, se cubrieron las piernas con la manta, acomodaron sus almohadas y... ¿pero qué es ese humo?, dijeron al unísono, era tan espeso y tan horrendamente oloroso, que no les permitía respirar y se preocuparon, ¿acaso iba a estallar el ómnibus? Raudamente se levantaron y fueron a buscar al sobrecargo pero cuando estaban en eso se escuchó por el micrófono una voz que decía:

“Señores pasajeros, les habla el chofer de la unidad 22 de la Empresa Chuque bus, quiero que mantengan todos la calma. El coche ha sufrido la rotura de la correa de ventilación así que nos detendremos a la orilla del camino y esperaremos a que los mecánicos de la empresa se reúnan con nosotros trayendo el repuesto. Les sugiero que permanezcan en sus asientos y si bajan no se alejen del transporte. Lamento las molestias, gracias por su atención”.

- Se miraron, levantaron los hombros y dijeron, bueno, si no queda otra deberemos esperar.
- Voy a preguntarle al chofer cuánto estima que estaremos acá detenidos a la buena de Dios.
 - Ah... ya... tranquilízate René, vas a ver que pronto estaremos en marcha nuevamente.

- No sé, no me pone nada tranquilo estar tirado en la nada, sin señal en el celular, y de noche. Sabés bien que me pone nervioso la oscuridad y más cuando estoy fuera de casa.
- Por más que te exaltes, la correa no se va a arreglar y el ómnibus va a seguir detenido así que por qué no te ponés a leer otra vez y me dejás escuchar la música y nos relajamos, ¿dale?

Lucas se volvió a acomodar, conectó los auriculares a sus oídos y su rostro volvió a recuperar la serenidad de un rato atrás. René sin embargo subía y bajaba del colectivo, histérico, fumando como loco y sacudiendo el celular, como si de ese modo fuera a recuperar la señal.

- Lucas... -dijo René pasada una hora más o menos.
- ¿Ahora qué?
- Le voy a preguntar al chofer cuánto más tendremos que estar acá tirados. ¿Te diste cuenta de que ya pasaron dos horas?
- ¿Dos horas? ¡Guau! no me había dado cuenta. Dale preguntale.
- Señor chofer, ¿cuánto cree usted que seguiremos detenidos en este páramo?
- Estamos esperando a los mecánicos, nos avisaron por radio que salieron pero estamos bastante lejos del centro mecánico, así que estimo que dos horas más.

La cara de René se transformó, los ojos se desorbitaron, y de su boca comenzaron a salir palabras irrepetibles, Lucas saltó de su asiento al escuchar semejantes gritos y corrió hacia las escaleras para ver qué pasaba, y ahí lo encontró a su amigo sujetado por el copiloto y el sobrecargo que hacían una fuerza descomunal por sostenerlo y tranquilizarlo, ya que temían si lo soltaban fuera contra el chofer.

Todo el pasaje estaba aterrado y murmuraban, “pobre hombre, enloqueció, cuidado... puede ser peligroso”. Lucas pidió que lo liberen, que él se iba a hacer cargo de su compañero. Y a la gente le pidió disculpas en nombre de René y los apaciguó explicando que no estaba loco, sólo que tenía pavor a la noche y a la situación de estar desprotegidos.

Pasaron las horas, los mecánicos llegaron al fin, cambiaron la correa, el pasaje subió al coche y este arrancó para continuar el viaje.

René dormía después de los somníferos que subrepticamente Lucas le había puesto dentro del agua.

Lo peor había pasado, el viaje se demoró al menos cuatro horas más del horario estimado pero al fin estaban en la estación Trenque Lew, en la cordillera. Bajaron todo el equipaje, cada quien recogió el suyo y así todos se fueron por diferentes rumbos.

René le preguntó a Lucas la dirección de las cabañas, éste le pasó el papel, tomaron un taxi y los condujo a la tan soñada morada que, tal como decía la publicidad y las fotos que habían visto, estaría rodeada de hermosos árboles, lagos, pileta climatizada, baño privado y dormitorios limpios y cómodos.

- Llegamos. -dijo el taxista.

Ambos, miraron el lugar que le marcaba el taxista como destino y con una sonrisita se dijeron:

- Debe de haber un error, esto es una cabaña al borde de la destrucción.
- No, ningún error. Reconquista 867. Complejo de cabañas "El duende del bosque". -para no demorar al pobre hombre, le pagaron, y muy desconcertados se dirigieron hacia la recepción.

Abrieron la puerta que chirriaba como en una película de terror, adentro el papel tapiz de las paredes estaba roído por los años y la humedad, olor que percibieron ni bien atravesaron el vestíbulo. En el mostrador no había nadie. Tocaron el timbre y apareció una mujer, con rulos en la cabeza, un cigarrillo en los labios, y muy mala predisposición para la atención.

- Positivamente nos equivocamos de dirección. -dijo René a Lucas que no dejaba de mirar las fotos que tenía en su celular-. Decime que esto no nos costó esa fortuna por favor... ¡iiiiDecímelo!!!!
- Bueno, esperá, no empieces a enloquecer otra vez, debe de haber un mal entendido. Pero dejame hablar a mí porque si no vamos a terminar conociendo la comisaria. Buenos días, buscamos a la señora Teresa Mancilla.
- Yo soy. -responde la mujer con cara de pocos amigos
- ¿Qué tal, cómo le va? Yo soy Lucas Ordoñez, le mandé un mail donde reservaba una habitación doble, con baño privado, usted me dio la cuenta donde depositar el dinero y acá tengo los folletos que saqué de la página, pero esto no se parece en nada a lo convenido.
- Ah... eso es sólo para la página porque te exigen levantar fotos, pero en realidad lo que ve es lo que es.
- Pero... y disculpe con lo que le voy a decir, usted está haciendo fraude. Nos está robando y es un delito que yo podría ahora denunciar.
- Mire, la verdad que no tengo ganas de discutir, ¿va a tomar la pieza o no? Usted decide.
- ¿Y si no tomo la pieza me devuelven el dinero?
- Ah... no, lo hecho, hecho está. Acá no se devuelve nada.

A todo esto René ya estaba con el celular en la mano marcando el número de la policía para denunciar este descaro de la mujer, pero nadie lo atendía.

- Señora... se dará cuenta de que no nos cobró nada barato la estadía y no tenemos más dinero para hacernos cargo de otro alojamiento.
- Pues entonces le doy las llaves, tome la cabaña y todo arreglado. La verdad es que estoy ocupada así que decídase. -Y se fue para el fondo dejándolos en ese recibidor sucio, desteñido y con olor a moho.

No teniendo otra opción, y con toda la decepción aceptaron quedarse en esa pseudo cabaña de descanso. Tomaron las llaves, abrieron la puerta y poniendo toda la mejor onda vieron que no era el palacio prometido pero al menos iba a servir a los fines de dormir y dejar las cosas.

El viaje había sido tortuoso, estaban agotados, se sentían sucios, así que se dieron un baño, el agua salía caliente y con fuerza, y salieron a disfrutar del paisaje, que en algún lugar debería de estar.

- Disculpe señora, ¿el centro para dónde queda?
- Llegan hasta la esquina y ahí toman hacia la derecha y le dan derechito, se van a encontrar con la plaza principal y ahí está todo.

Tal como les había indicado llegaron a la plaza, era muy lindo lo que veían, árboles de todo tipo, almácigos de flores de colores estridentes. Mucha gente de picnic en el césped, chicos jugando a la pelota, los más chiquititos andando en bicicleta. Carritos vendiendo pochoclo, manzanitas acarameladas, algodón de azúcar. En el medio de la plaza había una feria de artesanos:

- Ey... mirá Lucas ¡qué lindo! -dijo René y en un segundo se zambulló entre los escaparates de los feriantes saltando de uno a otro, enloquecido como un chico.

A Lucas esto mucho no le interesaba, así que decidió echarse en el verde y fresco césped de cara al cielo que le regalaba unas nubes con formas que lo invitaban a jugar a adivinar qué eran. "Esas nubes en la ciudad no se ven, los edificios son tan altos que el cielo se ve de a cachitos".

No sabrían decir cuánto tiempo pasaron embelesados cada cual en lo suyo, lo cierto es que la noche los sorprendió y como recién llegados no estaban muy seguros por dónde volver, así que más o menos hicieron memoria por dónde vinieron y por ahí deberían volver. Así lo hubiera indicado la lógica, pero no resultó.

En un momento Lucas y René se detuvieron, se miraron, y con cara de preocupación por no decir de pánico, concluyeron: ¡nos perdimos! René no podía dar crédito de lo que les estaba pasando, habían organizado estas mini vacaciones para relajarse del estresante año y desde que dejaron su departamento en la ciudad lo único que les había pasado eran problemas.

- Preguntemos a aquel artesano, ellos son de acá y van a saber guiarnos.
- Bueno dale, preguntale.
- Buenas noches señor, no somos de acá y nos sorprendió la noche y ahora no sabemos volver a la cabaña donde nos estamos quedando, ¿sería tan amable de guiarnos?
- ¿Y dónde se están quedando?
- Complejo "El duende del bosque".
- Ja, ja, ja, ¿ahí se están quedando, en lo de la Teresa Mancilla?
- Sí, sí, ese es el nombre de la señora, ¿sabe cómo regresar?
- Pues claro, yo soy el marido. Vamos los llevo.
- ¿Viste que no todo es tan malo? -comentó Lucas intentando tranquilizar a René.

Se subieron a un auto destartalado rumbo al complejo. En el viaje estaban los tres callados, el conductor los oteaba cada tanto y sacudía la cabeza como incrédulo, por momentos se reía y luego volvía a quedarse callado y metido en sus pensamientos.

- Llegamos, dijo el artesano.

- Gracias por traernos, es usted muy amable -dijo René.
- Son sesenta pesos -dijo el mal intencionado conductor.
- Pero... ¿no vive usted acá? -preguntó ingenuamente Lucas.
- Dije que era el marido de la señora, pero nunca dije que vivía acá, y por haberlos traído les cobro el servicio. Paguen y fuera.

No les quedó más remedio que hacerlo o no iban a poder bajar de ese apestoso auto. Otro problema más pensaron sin decírselo. Al entrar al mugroso lugar, Teresa Mancilla los estaba esperando con cara de pocos amigos.

- Tengo malas noticias para ustedes...
- ¡Otra más! -dijo irónicamente René.
- Entraron a robar hace media hora al hospedaje y arrasaron con lo que encontraron. Como no tengo muchas cosas, se llevaron sus valijas con todo lo que tenían adentro.
- Peeroooo... -replicó Lucas, que no podía dar crédito a lo que le estaba escuchando-, ¿no llamó a la policía?
- ¿Para qué? -respondió doña Teresa-, acá los ladrones son socios de ellos, es una pérdida de tiempo reclamar, así que como tiempo no me sobra me lo ahorro para mis cosas.
- Y así nomás quedará todo, usted nos engañó con una posada, acabamos de ser timados por el que dice ser su marido, nos robaron nuestras pertenencias y resulta que como la policía es socia de los ladrones se supone que debemos quedarnos sentados y lamentando lo sucedido, ¡¡¡¿así nomás?!!!
- Oiga hombre, yo solo le digo lo que pasó, y que no tengo tiempo para andar perdiendo, así que si quiere hacer algo hágalo usted, ya está por empezar mi novela así que me voy a mi dormitorio. Tengan buenas noches.

Arrastrando los pies, desesperanzados, y al borde de un ataque de ira, se fueron al dormitorio a tratar de dormir, si es que se podía hacer eso después de todo lo que habían vivido. Se acostaron y el cansancio los venció y les ganó el sueño.

El sol de la mañana pegando por la ventana despertó a René que corrió las cortinas y sus ojos no podían dar crédito a lo que estaba viendo, sobre el lado derecho de la ventana una piscina con el agua más azul que el mar lo estaba esperando para darse la zambullida de su vida. Los árboles se mecían con la suave brisa del verano como si lo estuvieran saludando. El verde cubría grandes extensiones de terreno, casi parecía unirse con las montañas de fondo con sus cúspides apenas nevadas, imponentes, majestuosas. En el suelo esparcidas por el verde las flores moradas, rosadas, amarillas, rojo pasión.

Miró a Lucas, que todavía dormía. Recorrió la habitación, con cubrecamas verdes manzana haciendo juego con las cortinas, el piso estaba cubierto de un tapiz bordado a mano y jarrones con flores se diseminaban por las esquinas. En un costado, todavía sin desarmar, estaban las dos maletas rojas, sus maletas rojas. Se vistió raudamente y bajó a lo que la noche anterior era el mugroso salón, y ya no estaba, en su lugar había mesas bien distribuidas donde una bella mujer estaba sirviendo el desayuno con una sonrisa mientras le decía:

- Buen día, ¿va a desayunar?
- ¿Y la otra mujer, con cara de pocos amigos?
- Sorprendida lo miró y le dijo, no hay otra mujer, soy solo yo y mi hija Laura, que está adentro calentando el café.
- Pero anoche esto era un lugar sucio, nos habían robado nuestros equipaje, no había piscina y todo estaba seco, abandonado y...
- Ah, usted es René, el señor que anoche llegó con el joven Lucas, su amigo.
- Sí, y acá fuimos mal recibidos y nada era como lo habíamos imaginado y pasamos momentos horribles.
- Creo que todo fue producto del estado de shock en el que llegó por una mala experiencia en el viaje, el doctor estuvo anoche y le dio un tranquilizante fuerte para que pueda dormir, todo lo que usted me está comentando debe haber sido producto del sueño profundo relajando tensiones.
- Laura querida, trae pronto el café, es obvio que el caballero ha tenido una noche difícil. Tranquilo, ha llegado a la posada "El duende del bosque", mi nombre es Teresa Mancilla, le doy la bienvenida y espero que lo pase muy bonito y que todas sus expectativas puedan ser cumplidas. Ahora lo dejo porque mis otros clientes me esperan.

Rene se restregó los ojos, de pronto su rostro estaba radiante, luminoso y su sonrisa cubría toda la cara. Era obvio que al acostarse tuvo la peor de las pesadillas. Bendito sea estar despierto y bendita la semana que iban a pasar.

Fue corriendo como un niño a despertar a Lucas, que ya se estaba vistiendo y contemplando el paisaje por la ventana. Vamos Lucas, tengo ganas de salir a recorrer este paraíso, acompáñame. ¡¡¡¡¡Qué feliz que soy!!!!!!!